

## El “servicio de la vida y de la muerte” de Jesús (Jueves Santo)

Lo que hace comprender en lo más hondo la vida y la muerte de Jesús, es el compromiso radical de Jesús a favor de Dios y de los hombres; su entrega, su “servicio” en amor a Dios y al prójimo, “por” los otros.

Los evangelios nos describen la conducta de Jesús como la de quien “sirve”, y lo hacen con la imagen de quien sirve a la mesa (Lc 22,27). En el “servicio” de lavar los pies a los discípulos en Juan 13, 1-11 se nos presenta de manera insuperable ese “servicio” de la vida y la muerte de Jesús. Así pues, ese “servir” era la esencia más íntima de Jesús, de tal manera que no podemos describirle en absoluto de otra manera, sino sirviendo: aún como Exaltado a la derecha del Padre, en la cena del final de los tiempos, el Señor se ceñirá, hará que sus siervos se sienten a la mesa y los irá sirviendo uno por uno (Lc 12, 37). Puesto que el “servir” a favor de otros, pro-existente, es la esencia más íntima de Jesús, el servir caracteriza aún más allá de su muerte, su existencia eterna, en la cual intercede por nosotros ( Rom 8,34).

Jesús no fue sorprendido por su muerte, tampoco la tomó a la ligera; vivió seguramente desde un principio con la mirada puesta en su posible martirio. Pero Jesús vivió totalmente abierto a la voluntad de Dios, y dejó en manos del Padre la manera en que éste quisiera agradecer al mundo con la salvación divina: si por medio de sus obras y su proclamación del Reino, o bien por medio de su propia muerte. En vistas a lo cual, organizó una cena de despedida que él convirtió en una nueva cena pascual. No hay símbolo más profundo del servicio de la vida y de la muerte de Jesús, que el servicio de esa cena de despedida y de sus dones, en el cual Jesús realizó su supremo servicio de la mesa.

Los dos gestos de dar realizados por Jesús en esa cena podríamos parafrasearlos así: “Yo mismo en mi entrega pro-existente soy una comida y una bebida por vosotros (y por los muchos), lo mismo que el pan y el vino lo son, vosotros seréis alimentados desde la cruz”.

Si contemplamos el abnegado servicio de la vida y de la muerte de Jesús, entonces veremos reflejado como en un espejo, nuestro rostro desfigurado egoísticamente. En efecto, nuestro aferrarnos egoísta a nuestro ser nosotros mismos, no hace más que pervertir todas nuestras tareas, haciendo que nuestras tareas de entrega y servicio se deformen por la actitud narcisista de servicio al propio “yo”. Somos presa de nuestro yo. El hombre, la mujer, tienen un corazón aferrado, curvado sobre sí mismo. Pero allá, donde nosotros tenemos el corazón concentrado en el yo, Cristo tenía al parecer –hablando en metáforas- un “espacio hueco”. La apertura y facilidad con que Jesús prescindía de su propia vida para vivir para Dios y para el prójimo no es de esta tierra y no se encontraba en ella. El era el Hombre “para los demás” y “para el enteramente Otro”.

El compromiso de Jesús no se explica en último término sino por el compromiso de amor de Dios. El es un “entregado” como imagen fiel del Padre que hace la entrega. Ese “ser- por otros” “para otros”, lo que se dice pro-existencia, se ilumina de manera genuina en el servicio de la muerte prestado por Jesús. En la cruz, Jesús se entregó por Dios y por los hombres con una profundidad y energía original que no son de este mundo.

En este día de Jueves Santo, vamos a repetir esa acción simbólica con la Jesús iba a anunciar su servicio supremo de la cruz. Este gesto que en su nombre realizaremos, guardémoslo en el corazón como señal de esa entrega personal de Dios a mi propia vida, a la vida de cada una, de cada ser humano llegado a esta tierra. No somos dignos de tener a este Dios-Hombre y servidor a nuestros pies, pero es necesario que acojamos este amor incomprensible para nosotros-as. Hasta que nos traspase el espíritu y el corazón.

Por mi parte, deseo identificarme con los sentimientos del Jesús ceñido con el paño de servir y lavar pies. Hacer de mi vida un servicio a su manera, y abrir un agujero en mi ser para que quepa siempre la voluntad de Dios Padre, y vuestras vidas, las llamadas de la Humanidad, las tareas de su esposa la Iglesia, el amor que destila en ella el Espíritu de Jesús. Perdonadme todas mis negligencias, mis olvidos, mis faltas de amor por vosotras. Deseo vivir- por, como El, Jesús, nuestro Maestro y Señor.